



María Ángeles Pérez López



VERBOS PARA EL BOSQUE MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ

María Ángeles Pérez López

Verbos para el bosque



Colección
Lima Lee




MARÍA
ÁNGELES
PÉREZ
LÓPEZ

María Ángeles Pérez López

Nació en Valladolid, España, en 1967.

Poeta y profesora titular de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Salamanca, donde trabaja en poesía contemporánea en español. Ha publicado varios libros, siendo los más recientes *Diecisiete alfiles* e *Interferencias*, ambos de 2019. Su último proyecto ha sido el libro de artista *Mapas de la imaginación del pájaro*. Antologías de su obra han sido publicadas en Caracas, Ciudad de México, Quito, Nueva York, Monterrey y Bogotá. También, de modo bilingüe, en Italia y Portugal. Es miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, miembro de la Academia de Juglares de Fontiveros e hija adoptiva del pueblo natal de San Juan de la Cruz. Ha sido jurado de numerosos premios nacionales e internacionales, entre otros el Premio Cervantes.

Verbos para el bosque
©María Ángeles Pérez López
©Festival Internacional Primavera Poética

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

VERBOS PARA EL BOSQUE

Antología

[Conozco]

Conozco mi culpa.

Aprendizaje lento e insobornable.
No hay quien dé más por menos,
ni manera
de asumir esta flor que hiere el agua.

[Caen]

Caen las hojas con un fragor indescriptible
escucho cómo tiemblan contra el suelo
golpean las aceras
salpican entre el barro de las calles

escucho cómo conspiran en las ramas
su estrategia de caída sus modos disciplinados de caer
pueden rozar el agua y suspirarla
pero se imponen nuevos métodos
hermanas compañeras hijas del mismo aire que respiro

escucho el ruido de los nervios exaltados
excitación ante el combate
las consignas reclamos ¡¡oh modos tan exactos de caer!!
mirada de arcángeles soberbios
el gesto de un ángel turbador
desnuda su belleza
y rescatada

[Membrillos]

Los membrillos se pudren
en la sombra de otoño que habita las paredes,
pero guardan una luz abrasada
e ígnea
que macera la carne y la derrocha.
Despacio se adormecen en el fondo del aire
y reposan su esplendor gutural,
su pulpa y su simiente
en el plato de barro y de tintura
casi inimaginable por lo lejos.
En tanto, desanudan su olor,
su esencia, podredumbre
de la carne marchita, avejentada
en el primor de formas consumidas
que se agostan al tiempo que liberan sabor,
la abundancia atrapada en el verano
cuando el sol atraviesa las hojas de los árboles
y prende la línea equinoccial.
Por eso los membrillos se quedan reducidos
a su sola materia descompuesta
mientras sueltan sin orden,

jerarquía,
la semilla perfecta en su esfericidad,
en su espacio minúsculo e inerme
al paso del invierno
o de la extenuación.

[El acento imposible]

El acento imposible en cada nota,
ese temblor del aire cuando vibra
porque viene la música de lejos,
de dentro de la piedra penetrante,
de su oculto deseo por el agua...

El pálpito del aire cuando crece
una nota de luz desde la piedra,
el resplandor que atrapa los contornos
y hace inmenso el sonido, inaccesible.

Pero no por todo esto se acaban los mendigos,
la floración de especies condenadas
a su nulo sustento, autonomía
de la escasez quebrada por el aire.
La piedra soñolienta, soñadora,
repleta de sí misma, de quebranto
y arenisca, belleza, más quebranto,
se queda sin aliento, se estremece
porque no hay forma humana de entender la pobreza,
el crecimiento vegetal de manos como ramas,

como brazos creciendo
como troncos,
atados de raíz
a la carencia,
extraños y desnudos,
doloridos.

[De pronto]

De pronto una palabra nos asalta,
se nos queda rondando impertinente,
se sienta en el ombligo de la lengua
y borra la memoria de las otras.
Si es la palabra agravio, se nos queda instalada
en el mueble central del paladar,
y las siete minúsculas letras que la forman
derrochan la profunda dimensión del sonido,
consumen todo el aire indispensable
para decir completo el alfabeto,
para hacer una lista de las enciclopedias,
para nombrar de forma infinita el amor.
Y esos siete silbidos del vocablo
me siguen como perros en las horas
en que el rencor amuebla mis rincones
y atrae a su cortejo la palabra desastre,
la palabra fracaso, o bien la floración
pero solo si viene junto a su rotura
como el caso acaecido del verde vegetal
de un geranio caído contra el suelo,
más fuera ya de sí que de nosotros,

a punto de la savia enternecida
por lágrimas que son como de escarcha.

El tronco vegetal del alfabeto,
el de la vida rota algunas veces
nombra entonces la misma desazón.

[En la noche]

En la noche siento que te estremeces
siguiendo el hilo azul entre las sábanas
que lleva hasta el ovillo de mi cuerpo.
No eres Teseo, qué te importa la urdimbre
que tejió las historias del pasado
si sabes que estoy cerca sosteniendo
el dintel transparente en el que sueñas.
Sé que duermes y mueves despacito
las manos, los tobillos confiados
buscándome sin brújula y sin voz.
A estas horas te sobran las palabras,
las mías, las prestadas por los otros,
el peso de los libros es ligero,
no hace falta ninguna mediación
y el signo es el del cuerpo y de su sombra.
La noche trae el sonido de tus piernas
que se mueven a tientas bajo el agua
en su húmedo principio que es el roce
del cuerpo sumergido en el silencio.
Sonámbulo avanzando por el bosque
de la noche entreabierta en su raíz,

el árbol es el tronco de la carne
al que ceñirse como en mar abierto,
porque duermes y aprietas con los brazos
la infinita distancia de estar solos
y anudas uno a uno los minutos
siempre antes de la luz y su estridencia.

[Pies]

La mujer pinta sus pies de verde y se sube a ellos.
De los talones nace el odio del asfalto,
su ennegrecida capa de petróleo
embetunando pájaros y niños,
forma de aminoácido esencial
que desgasta las alas, la llovizna,
las caracolas blancas peleando
contra el rencor viscoso de la brea.

Con una brocha grande, la mujer
pinta el verdor oscuro de las aguas
en las que se deslizan los arenques
y sus anillos de aire livianísimo,
también los hipocampos, las ballenas,
los moluscos marinos que retozan
en praderas de posidonias vivas
y se aparean en nombre del amor.
Igualmente la hierba de los montes
el musgo cariñoso y los helechos
comienzan en los dedos desiguales
de los pies y remontan las rodillas

como salmones tibios desovando
a la altura feliz de las caderas.

Para el negro sudario del benceno
que atrapa las gaviotas y las lanza
contra la arena triste, enrarecida
del tiempo y el esfuerzo alquitranados,
la mujer se encarama en sus dos pies
y suelta el corazón como una tórtola.

[Ciervos]

La mujer espera la llegada de los ciervos.
Se sienta en la cuneta y se descalza.
Con la uña más pequeña de su pie
rasca la tierra blanda y enmohecida
hasta arrancar un árbol de raíz.
Con un dedo invisible en su estatura,
remoto soberano primordial
empuja los nogales, los gomeros,
las hayas y los robles, los manzanos.
Después, bajo la lluvia, se arrepiente
mientras le late el pánico en la ropa.

El dedo mutilado es como el odio
del árbol mutilado, en la mujer
que se pinta en los labios treinta y dos
piezas dentales blancas, esmaltadas
con las que no morderse los pezones
ni llorar por los árboles caídos
y que suben despacio, en sus alveolos,
como subió cada árbol a su altura.
Del tronco descuajado, vuelto torre

gemela de otras torres neoyorquinas
caen los pájaros muertos, las personas
como estorninos muertos, el ramaje
como chicharra muerta, los tablones
como féretros muertos para Irak.

La mujer entretanto se avergüenza,
guarda el dedo y su uña, su dolor,
el esponjoso hueco de la encía
en que ató cada diente su raíz
y levantó una torre mineral.
A su lado, los árboles reposan
su tiempo de madera, griterío
de perros y de niños, troncos, ramas
taladas en silencio ante la tierra.
Los animales huyen espantados.
Los ciervos se disculpan y no vienen.

[Chopos]

Igual que un chopo enfermo, la mujer
pierde trozos de piel y de corteza,
tapa con antibióticos su herida
y se pregunta cómo sobrevive
a esta pasión que quema lo que toca,
este zumo de ortigas, esta ausencia
que abrasa los pezones, la pelusa
de la orejita mansa y proverbial
que se incendió en el fuego de querer
al hombre que no está, su olvidación
como una herida larga e inexorable.

Sobre el cuerpo abrasado, sobre el árbol
que el hombre penetró con su cuchillo
para grabarle letras inconclusas
y dejar un silencio sin ventanas
en que se estrellan rotas las alondras,
la mujer se enfurece, se resiste,
llora madera blanda, podredumbre
de harina cercenada y sin tamiz.
¿Qué importan las palabras con que él hizo

que creciera el deseo, la chopera?
No hay nada que contarle al corazón
si se quebraron pájaros y ramas,
si su ausencia volvió toxicidad
la descomposición de la madera,
una nube de zinc irrespirable
como un hongo que crece en la corriente.

Igual que un chopo enfermo, la mujer
pinta en su herida el nombre, se obsesiona,
inventa maldiciones, se desgana,
lamenta su atadura, su raíz
y pierde la corteza y sus ahíncos.
La pudrición del árbol sobre el cuerpo
es una forma amarga del amor.

[Menta, espesura]

Con un rotulador de punta verde
que derrama su menta y su espesura
bajo la estricta ley de los fluidos
(la presión hidrostática, el coraje),
la mujer pinta un prado y saltamontes
sobre su calva blanca y aterida.
Escribe insectos grandes, cariñosos
y hormigas diminutas que se duermen
en hojas encendidas de verdor
como si fueran formas de metal
que brillan en silencio en la madera.
Sobre su cráneo blanco y aterido
escribe la canción de las termitas
cuando mascan el tiempo y los tablones,
una constelación de escarabajos
que inventaron el cuerpo mineral,
orugas luminosas y valientes
que rompen la crisálida y no lloran,
esta suerte de nuevo nacimiento
en las briznas minúsculas de hierba
que arrasan la ceniza y su matriz.

En su cabeza blanca y aterida
que perdió los cabellos, los aplomos,
las hojas más oscuras de los pastos,
la mujer atenúa los venenos
y pinta una pradera accidentada
en la que hay hormigueros, piedrecitas
y un cubo de cemento y de ladrillo
que produce energía nuclear.
Contra ella se han escrito los insectos.
La tinta florecida en color verde
empobrece el uranio y su dolor.

[El bisturí]

El bisturí inocula su dolor.
En el corte limpísimo florece
el polen que envenenan las avispas,
su aguijón turbulento y ofensivo.
La mesa del quirófano está lejos
de la luz y la tierra del jardín,
su amor desesperado por la vida
y el material mohoso del origen,
lejos de la pasión de los hierbajos
y la piedra porosa en la que sangra
la desgastada edad de las vocales
que escribieron verdad y compañía.

En la asepsia que exige el hospital,
el bisturí recorta el corazón
de la página blanca del poema,
la sábana que tapa el cuerpo enfermo.
No queda ni memoria ni alarido,
tan solo un hueco rojo en el lenguaje.
En la mano que empuña la salud

hay sin embargo un corte diminuto,
una línea de sangre y su alfabeto.

con Álvaro Mutis
también con Gambarotta

[Duerme el hacha]

Duerme el hacha su sueño de madera.
Caminan en silencio las cigarras
para no despertar el filo hiriente,
la herida de metal que repercute
en el temor esquivo de los pinos.
Caminan en silencio las rapaces,
las liebres, los insectos, los helechos.

El bosque entero avanza lentamente
en la cordialidad de las ardillas,
en el canto gastado de las piedras
y en la respiración de los lagartos
que cuentan muy despacio sus escamas
y el temblor que oscurece los abetos.

Los algarrobos mueven a los grillos
y en cada traslación y rotación
el bosque se desplaza a su raíz,
su brío y clorofila, sus rastrojos
que evitan despertar a los metales,
la ira insidiosa con que el hierro muerde.

Árboles y animales disimulan
el resplandor intenso de vivir
y marcan, sigilosos, el terreno.
Cuando despierta el hacha solo quedan
ariscas superficies de hormigón
y un rastro de maleza florecida.

con Antonio Colinas

[Lo amputado]

Animal amputado que no muere,
vegetal amputado que no muere,
palabras amputadas que no mueren.

Contra el dolor que tala la hermosura
—el brazo gangrenado y su exigencia,
el dedo que la máquina anuló
y su uña que se aferra a lo invisible
como tenaz se aferra a cada árbol
la yema en la que inscribe su deseo,
porción y cobertura seminal—
siguen creciendo el tiempo, las ramitas.

Sigue empujando el río en su desove,
la larva en lo precario, el estornino
en el amor salvaje a las distancias,
la almendra en su epitelio y su ternura.
Sigue empujando el sol toda la luz.

Quien amputa sonidos, no percibe
que en la palabra bosque, late el árbol

y en la palabra rama, la madera.
Que está el viento dormido en el violín
y la piedra en la tierra y su traspié
como están en la casa el pan y el hambre,
las vocales abiertas de la boca.
Que aunque estén cercenadas las palabras
cada letra confirma su energía,
su entrega y movimiento, su caudal.
Prolifera la vida en sus acopios.

con César Vallejo

[Ronquera]

Descascarilla el día su ronquera.
Quien masticara estopa desgarrada,
papel de estraza en que se envuelve el día
como se envuelve en lana el animal,
conoce las palabras en penumbra,
los huesos desgajados del sonido.

Linimento y residuo, triza, esparto
que atrapa y espolea cada cuerpo
para que diga en alto su canción,
su vocal vulnerable y encharcada
en el amor violento de la boca.

No hay alfabeto que no tiemble si:
se mitigan los pájaros, los árboles,
los hombres que atraviesa el despertar
—ese tajo en la vida hacia la vida—,
pero después se alzan prodigiosos
y elevan el bullicio de la luz.

En ella se cimbrea y nada el sol
como amuleto rojo en la garganta.

con Tomás Sánchez Santiago

[A vista de pájaro]

A vista de pájaro
no hay pájaros
sino una suma
acolchada
de sílabas
que dicen
vuelo
y vehemente
versión
del territorio.

Cada bandera
es entonces
una pluma blanquísima
que ni duele
ni saja
ni logra nunca
llegar
a
caer.
Sherpas y nubes

borran
la cicatriz
del cielo.

[El musgo]

El musgo
abre
su mano
en la retícula
afilada
de lo real.
Nudo verde,
diéresis
que el agua
disemina:
espora de lenguaje
hacia lo vivo.
No urge
ningún modo
de sintaxis
o
tallo
para crecer
sobre esta línea
vertical.
Turba tan obstinada:
ligadura.

[El aire]

El
aire
es
una
red
abarrotada
de ramitas,
signos circulares
y pájaros incandescentes
que nunca
se golpean
contra mí
porque
maniobran
hacia
la
alegría,
la
invisibilidad.
Solo
yo

tropiezo
siempre.

Y
me
levantan.

[Habla el mar]

Habla
el mar
una
lengua
ya extinguida.
Una
lengua
salvaje,
sin retorno,
que se impone
ante el mundo
y
lo inunda
de nubes,
caballos,
tupidos bosques de manglar
y peces
que desovan
en tu boca.
Con
su

vaivén
perpetuo
nos
salpica
y
reímos
felices
y
aturdidos.

[Al fondo del verano]

Al fondo del verano hay un caballo.
Relincha, se impacienta y acontece.
Sube inquieto, es espuma de los días.
Habla una lengua insólita que no predecimos.
Una lengua de viento y de vocales
que desestima el léxico del miedo:
ni látigo ni espuela ni talones
que chocan entre sí ruidosamente
cuando repliega, herido, las orejas,
el delicado modo de abrevar
en el agua enlutada de la sombra.

Al fondo del verano hay un caballo.
Le contaron que es hijo de los dioses
y las largas praderas azuladas
pero no le interesa nuestra mitología.
El oxígeno exhorta en su pulmón
el lenguaje veloz de lo invisible.
Lo que él tampoco alcanza a conocer.
Baja de las estatuas de los héroes
y franquea el verano y las tormentas

en su resuello eléctrico y salvaje.
Se sacude los nombres que le dimos:
ni tótem ni Pegaso ni abolengo.

Al fondo de ti, siempre hay un caballo.
Vocaliza palabras inauditas,
caligramas sonoros de la luz
que saltan de sus belfos y no mueren.
También tú, que te aferras a su cuello
y abrazas su dolor y su estatura
cuando alguien lo apalee con crudeza,
ruegas los caligramas de la luz.

Temblando te levantas y aconteces.

a Juan Manuel Leal Funes,
entre Turín y Cartagena

[Vulnerable la vara de avellano]

Vulnerable la vara de avellano

Vestigio y vocación de ligereza

            Maderita en lo umbroso y lo veloz
            que había que cortar
                                    en invierno
            con la luna menguante
                        para que no llorase sangre sobre ti

            Que nada llore sangre sobre ti

Vareo y vibración en esta altura
            en la que se desprenden las palabras
                        como fruto caído
                                    frente a tu paladar
            mientras suben salmones
                                    por la pelvis

Vulnerable la vida, el avellano,
            no busca lo absoluto sino a ti

Sus raíces penetran en la sombra
y se elevan las flores masculinas
cuando llega el calor a poseernos

Vocabulario escueto y bullicioso
en el tenaz rechazo de la muerte

Vara y bastón, zahorí, brazos que suben
hacia el cielo y la tierra confundidos
para que nada llore
sangre
sobre ti

Que
nada llore
sangre
sobre ti

[Verbos para el bosque]

Abrir el bosque con sus hojas de humo

Errar, enmarañarse, volver a abrirlo

Vibrar entre la umbría y los insectos

Borbotear en linfa vegetal

Blandir palos y ramas. Mordisquearlos

Beber el extravío, la acechanza

Boquear en el brote de la asfixia

Borrar el rastro ronco de la soga
con que se ahorcan perros y mujeres

La soga de Medea en sus dos hijos

La que excede del fuego y del fervor

¿Será la soga una serpiente abierta?
¿Una letra sangrando en la laringe?

La misma soga que une las dos sílabas
por las que entramos con temor al bosque

Volver a blandir palos y jugar
a no matar y no morir ahora
ni en la hora en que tiemblan los almendros

Balbucear el día en el castaño,
el pinar y la piel del eucalipto
desprendida como una lepra tierna

Abrir la boca y que se acerque el bosque

BOCA QUE SÍ

En la boscosa gruta de la boca, también se albergan semillas de lo vivo. Cada modo flexible de lo vivo. ¿Podríamos imaginar todos los verbos que hacen posible que se acerque el bosque? Me pareció una propuesta inagotable y feraz con la que conjurar tantos temores ancestrales. A ellos se sumaban los que corresponden a la época que nos ha tocado recorrer, con su experiencia confinada, el *adentro de angustia y cerrazón* que parece no tener límites. Sin embargo, de la cifra resultante —tan tóxica, tan imposible de soportar, tan dolorida en cada una de las pérdidas—, podían restarse los muchos dígitos que corresponden al amor de lo vivo y por lo vivo.

Intenté acercarme a ese viento imperioso de la vida, moverme hacia su turbulenta, apasionante y fugaz temperatura. Pero no podía ir sola: me han acompañado poetas *con* los que me puse a conversar mientras nos adentrábamos en la espesura, en el denso ramaje del idioma.

Tampoco podían dejarme sola los poemas que he ido escribiendo en estos años. Por eso se sumaron diferentes libros con los que cruzar esta antología y su bosque verbal: «[Conozco]» y «[Caen]» llegan de *Tratado sobre la geografía del desastre* (1997); «[Membrillos]» de *La sola materia* (1998); «[El acento imposible]» de *El ángel de la ira* (1999); «[De pronto]» y «[En la noche]» de *Carnalidad del frío* (2000); los cuatro siguientes de *Atavío y puñal* (2012); «[El bisturí]», «[Duerme el hacha]», «[Lo amputado]» y «[Ronquera]» de *Fiebre y compasión de los metales* (2016); los siguientes cuatro poemas de *Mapas de la imaginación del pájaro* (2019); «[Al fondo del verano]» es inédito y los dos últimos están publicados digitalmente.

De las tantas restas de estos días ha quedado la suma febril y confi[n]ada en las palabras. Entre tupidas ramas alcanzan a llegar hasta Lima y decir *gracias* de modo inagotable.

[Conozco]

Conozco mi culpa.

Aprendizaje lento e insobornable.
No hay quien dé más por menos,
ni manera
de asumir esta flor que hiere el agua.



Colección
Lima Lee

